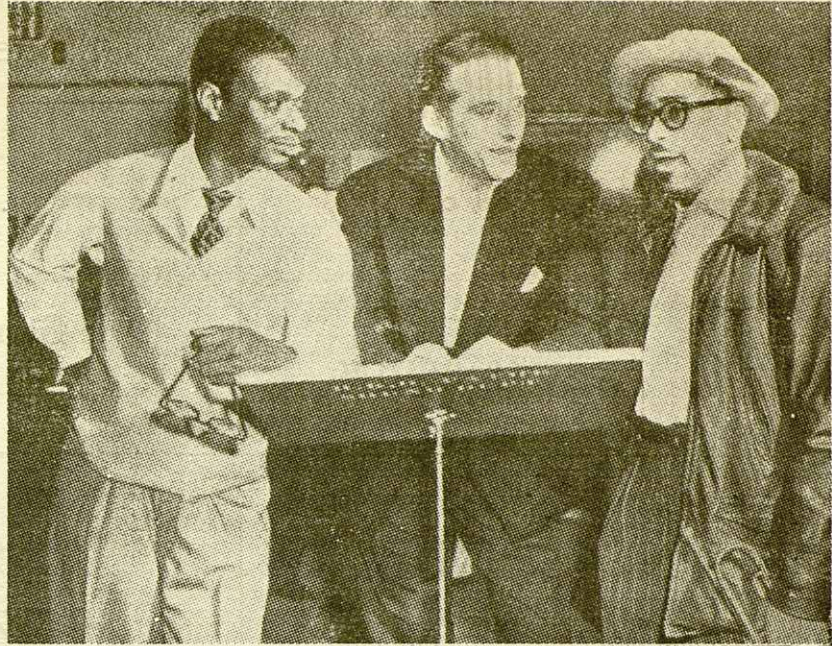


En el centro: Stan Kenton,
junto con King Cole
y Dizzy Gillespie



Stan Kenton

He aquí el nombre de un músico que ha alcanzado las cimas de la fama y popularidad.

Ya en varios de los referendums que anualmente celebra la revista "Metronome" Kenton ha sido citado. Finalmente, y como supremo colofón, por tres veces consecutivas, Kenton y su orquesta han alcanzado la victoria sobre sus opositores, tales cual orquestas de gran clase y categoría, como la de Ellington, Basie, Herman, etc.

Lo chocante del caso es que este jefe de orquesta al ganar con todos los méritos y honores los tres últimos escrutinios, ha licenciado su orquesta y ha presentado a la Prensa americana un plan preconcebido, exponiendo clara y detalladamente los motivos que le han impulsado a ello.

Su plan, "El plan de Kenton" (ya publicado en nuestras páginas debido a la traducción de E. Colomer Brossa), es vastísimo y nada descabellado. Realmente sus intenciones son sanas y por lo que respecta al contenido de las mismas no pueden ser más excelentes ni menos favorables para la buena marcha del jazz en general.

Pero he aquí que como una paradoja más que se nos presenta de las que hemos de vivir cada día, ha de ser precisamente un músico típicamente comercial el que levante el estandarte para que el jazz sea ejecutado, escuchado y remunerado como realmente se merece.

Al propagar con su plan que la música de jazz ha de dirigirse por los caminos trillados por el género clásico, de que no solamente ha de ser ejecutada para que al ritmo de sus compases "se logren una serie de ruidos de acompañamiento para los desordenados pies de los bailarines", sino que con la evitación del cansancio de los músicos se puedan escuchar los conciertos en las salas y teatros, en horas normales, al alcance de todos los bolsillos y con orquestas que respondan a la categoría que se merece.

Hasta aquí todo me está muy bien. Confirmando que estoy completamente de acuerdo con el señor Ken-

ton, pero en una cosa, solamente en una, y de importancia vital, estoy en desacuerdo con él.

¿Cuál es mi discrepancia? A ello voy.

Mi interesado, para un profano, con sus teorías, será el hombre, máximo exponente de la música de jazz. Pero si bien en "teoría" sabe encauzar sabiamente lo que en realidad debería ser en ciertos aspectos dicha música, he de oponerle el que a la "práctica" queda un tanto desplazado.

Como conjunto, el de Kenton, aseguro que no tenía nada que envidiar a cualquier otro que me quisieran citar. La seguridad del ritmo, la perfecta penetración en sus diferentes secciones melódicas y la clase y categoría de sus solistas en particular, son envidiables. El quinteto vocal, perfecto. June Christy su vocalista, canta con ritmo, swing y gracia. El conglomerado de ambos vocales —el quinteto y June— forman un excelente marco que adorna la orquesta al fondo de las grabaciones que he podido escuchar. El inteligente arreglador de la orquesta, Pete Rugolo, acredita su categoría con sus trabajos. Y finalmente, Kenton demuestra su acertado *ojo de jefe* al saber escoger todas las partes mencionadas para que de este calidoscopio pueda salir una obra maestra.

El grupo saca unos efectos orquestales, los cuales son más apropiados para los que gustan del clásico que no los puritanos del jazz. Me refiero, y habiendo en vernáculo, a los que preferimos el Dixieland, el conjunto reducido, donde cada parte ha de contribuir al mismo con su aportación personal para darle relieve, o bien a las orquestas numerosas, cuyas directrices están marcadas única y exclusivamente en pro del buen jazz.

Kenton sabe escoger los motivos de sus programaciones y llega "al corazón" de la masa de la manera más fácil. Rebusca sus melodías. Sabe seleccionar sabiamente, y esto a mi modesto entender, es lo que le ha llevado a la cúspide del horizonte del jazz norteamericano.

Desde luego, no todo han de ser defectos lo que